CAMINOS PARA ORAR-18

La Providencia de Dios: vivir en confianza

En muchos lugares de promueve la devoción a la Divina Providencia, invitando a los fieles a confiarse a Dios Providente mediante una oración ofrecida el día primero de cada mes, y de manera especial, el día primero del año.

Se invita a hacer la oración a la luz de una vela que nos recuerde la luz de Cristo y nuestra fe en Él recibida en el Bautismo; que nos recuerde también nuestro compromiso de ser "luz del mundo", dando testimonio de nuestro cristianismo ante los demás.

Sin embargo, debemos recordar que no se trata con esto de asegurar el bienestar y la prosperidad, aunque en la oración le pedimos al Señor que no nos falte salud, casa y trabajo.

Pensar que rezando y prendiendo unas velas nos vamos a librar de problemas, sería una actitud supersticiosa total y absolutamente contraria a la actitud de fe y confianza que debe distinguir al cristiano.

Hoy, ayer y mañana la Providencia actúa en la vida de las personas e instituciones que se fían plenamente de Dios. Hace falta mucha fe y dejar que su Providencia sea la que actúe, no nuestros meros cálculos egoístas.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

Diciembre-2006

Después de los grandes dramas de nuestro tiempo. Después de los progresos de la ciencia, ¿es posible creer que Dios interviene en nuestro mundo en favor del hombre? Creer en la Providencia es una invitación en estos tiempos inciertos para vivir los acontecimientos en la confianza.

La sabiduría bíblica nos propone la imagen de la travesía por el desierto. En marcha hacia la Tierra Prometida, Israel aprende a vivir en total dependencia.
En esta inseguridad Dios les da agua y pan. Duro aprendizaje pero alegre descubrimiento de una atenta proximidad.

Pero la Providencia no sabría estar separada de una acción que me implica. Un jesuita del siglo XVII recapitula el principio de su acción « Confía en el Dios como si el éxito de las cosas dependiese enteramente de ti y en nada de Dios ; entrégate plenamente a la obra como si no tuvieras que hacer nada, y Dios solo es todo ». Otra imagen, tomada de san Pablo (1Corintios 3,7) « Nos toca a nosotros plantar y regar ; pero darle crecimiento le corresponde a Dios».

Después de los grandes genocidios del siglo XX y los del XXI con tantos abortos y Sida, ¿cómo creer en la Providencia ? La reflexión cristiana ha llevado a una comprensión más profunda de la solidaridad de Cristo con todas las víctimas del mal: el Cordero inmolado clama la inocencia de Dios, sus descendiente en nuestro mal para libarnos de él.

El progreso científico y técnico, por su parte. ¿no aporta hoy lo que las generaciones de su sola Providencia? Se podría responder que Dios no abandona al hombre porque lo trabaja y habita en su interior. Por eso el Evangelio invita a acoger el acontecimiento con confianza«el Maestro está ahí, te llama » (Juan 11,28). Sin embargo, Dios no actúa nada más que en el corazón de los hombres, como si el universo no fuera nada más que un decorado de teatro. Se sirve también del concurso de todas las criaturas. Y san Ignacio invita a « Mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dándoles el

ser, en las plantas haciéndolas sentir, en los hombres dándoles comprender, igualmente que hace de mí su templo, ya que he sido creado a la semejanza e imagen de su divina majestad ».

Sólo la mirada del amor puede descubrir en los acontecimientos la intención del Amor. Por eso la fe es una luz que se nos da, puede ayudarnos a hacer una lectura de los acontecimientos y descubrir en ellos un designio ; como María que « conservaba todas las cosas en su corazón y las meditaba en silencio ».

Hay que reencontrar el sentido profundo de la Providencia si queremos buscar una existencia verdaderamente cristiana. La oración de Jesús está siempre en situación: bautismo, desierto, elección de los discípulos, cena, agonía… Jesús ruega a su Padre para que se haga su voluntad.
Arranca el acontecimiento de la banalidad así como del poder del Enemigo para remitirlo entre las manos del Padre.

La oración transforma nuestra mirada sobre las personas y las cosas para conocer lo que Dios espera de nosotros. Dios está a la obra. Mi vida, nuestras vidas son una obra a la que el Maestro se ajusta.

«Pedid, declara Jesús, y se os dará ». Quien pide, recibe » (Luc11,9-10).

¿Basta verdaderamente pedir para obtener? ¿Hace falta incluso pedir? ¿A quién y cómo conviene pedir? ¿Rezar para qué?

Cuando los discípulos quieren aprender a orar, Jesús les responde con el Padre nuestro. Nos dirigimos a nuestro Padre de los cielos para suplicarle que intervenga en nuestros asuntos humanos. Imposible pues para un cristiano excluir de su vida la oración de petición. Somos y nos sentimos necesitados. Es en la angustia en donde se eleva a menudo el grito de nuestra oración.

Eso podría traducirse en una actitud infantil y pasiva ante la vida. Paralelamente, Dios parece a menudo ausente y no responde a nuestras súplicas. Sin embargo el evangelio no cesa de escandir que Dios nos escucha y entiende.

« Que se pida con fe y sin la menor duda » nos exhorta Santiago (1, 6). Rezar con fe, en un impulso de confianza, pero también con perseverancia, sin desalentarse, incluso cuando nadie responde en seguida. Es preciso pues esperar, sin cansarse, la hora de Dios; como las chicas de la parábola que aguardan al esposo.

Se puede pedir todo… en ciertas ocasiones. Cuestión de fe en Dios, Dios que se reserva responder a su modo. Jesús en Getsemaní (Mt 26, 29) rezó para que« esta copa se aleje de mí ».Añade « si es posible. Y no lo que yo quiero sino lo que tú quieres».

Fue escuchado en razón de su sumisión. Tuvo la fuerza de ir hasta el fin de su misión para recibir

finalmente de su Padre la gloria de la resurrección. Pero le fue necesario para ello rezar y suplicar « con un gran grito y lágrimas» (He 5,8).

En los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, una fórmula vuelve varias veces« Pedir a Dios lo que anhelo y deseo ». Esta petición supone que un deseo está presente. Este deseo humano debe por etapa dejar esclarecerse, transformar, penetrar por el amor de Dios. Lenta, a veces difícil transformación de este deseo para que llegue a unirse al deseo de Dios. Dios que desea nuestra felicidad y nos pide que nos dejemos moldear por él ,que nos dejemos llevar de su mano. Nos pide que tengamos total confianza en él. Nada nos faltará.

Podemos pedir a Dios: la confianza en un Dios Padre, incluso si no las escucha como desearíamos algunas veces, Dios escucha nuestras oraciones y las acoge en su bondad. Su manera no es siempre la nuestra.

El escucha SIEMPRE, esta es nuestra fe.

En fin, por muy confiado que se sea, nuestra oración no dispensa la acción. El esfuerzo humano, la práctica de los medios humanos, la búsqueda de soluciones restante, cada vez que es posible, indispensables. El hombre no se libra de sus responsabilidades.

Pero es en la oración en donde se encuentra la fuerza, mantenerse en pie y caminar hacia y contra todo. «Puedo hacer todo en aquél que me hace fuerte » (Filipenses 4,13). La verdadera oración es fuente de valor, paciencia, energía, dinamismo.

La vida no se hará quizá fácil, los obstáculos no se suprimirán mágicamente. Pero no estaremos solos. Alguien estará con nosotros« No temas, estoy contigo » (Isaías 43,5). A través de nuestras oraciones, más allá de todas nuestras peticiones, ¿no hay en el fondo de lo que pedimos, lo que deseamos ; que Dios esté ahí, presente en cada una

de nuestras existencias, que él nos ayude en cada momento a vivir y actuar?

Presencia del Señor en el corazón de nuestras vidas humanas: es esta presencia « providencial » la que nos ayuda a reencontrar y avanzar por la fuerza que nos da. Acto de fe y de esperanza en el que sentimos la fuerza de vivir e ir adelante con la gracia de Dios.

--

Cet article est directement inspiré de la revue *Christus*, n°174, avril 1997.

Rubrique Prier avec un